

# LA NAVIDAD

## de D. INICIAL ALAMILLOS

por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA



UY pronto tomó fama, en la ciudad donde fue destinado, de catedrático exigente y riguroso, don Inicial Alamillos Porcuera.

Hombre tímido y macilento, envuelto durante todo el invierno en una negra capa, tocado con un indefinible, sombrero, adornado su labio superior con un negrísimo bigote y, según los alumnos, animado siempre de oscuras intenciones, en la hora triste de los exámenes, se aureoló pronto una gran personalidad.

Primero se alojó en una popular fonda, pero tuvo que salir pronto de ella porque había una criada que se pasaba el día cantando en puro alarido y le imposibilitaba el resolver los altos problemas metafísicos que se planteaba constantemente y a los que estaba entregado en alma y vida.

Después estuvo en la casa de un par de hermanas solteras y, al principio, se hallaba muy contento, pero, después, a las hermanas aquellas no hacían más que brotarle sobrinas solteritas y visitonas por todos los lados y él, comprendió, que su libertad estaba sitiada y seriamente amenazada y se marchó de la pensión como alma que lleva el diablo.

Al fin encontró lo que deseaba, esto es, un par de buenas habitaciones independientes donde estudiaba y dormía con toda tranquilidad y para comer se arreglaba yendo a un restaurante cercano, que era bastante económico y de muy variados platos.

El hacía una vida muy metódica y aislada para no adquirir dema-

siados compromisos sociales que le restasen tiempo y libertad de acción.

Le tenía muy preocupado el quinto curso pues estaba poblado por una serie de chicos vagos y gánapiros de tomo y lomo. Había un tal Antonio Regalado que nunca se sabía la lección y al que siempre terminaba por decirle:

—Consecuente, tanto con su actuación, como con su apellido, le voy a regalar un cero.

El tal Antonio Regalado era huérfano de un coronel y, su buena madre, sabía muy bien la mala marcha que llevaba su hijo en la asignatura. Además era el segundo suspenso que en Septiembre pasado había recibido su hijo en Filosofía y ella no estaba dispuesta a permitir que sufriese el tercero por lo que no hacía más que devanarse los sesos para ver el medio de ablandar aquella roca filosófica, encarnada, en la forma humana, que era don Inicial Alamillos.

Ni corta ni perezosa, cuando llegó la época de Nochebuena, se armó de valor y recordando las hazañas de su difunto esposo, héroe en el Barranco del Lobo, mandó, a su criada, con una tarjeta de felicitación, para que llevase un hermosísimo gallo a la casa donde vivía don Inicial.

Ante el descomunal gallo, el señor Alamillos reaccionó digna y fuertemente:

—¿Para mí? ¿Y de parte de la madre del señor Regalado? ¡Ni hablar! Dígame Vd. a su señora que tengo por norma inflexible el no admitir regalo de mis alumnos. Por lo tanto, haga el favor de coger el gallo y llevárselo otra vez a su señora.

La sirvienta que había recibido muy tajantes y concretas órdenes de su ama, se defendió:

—¿Y cómo es que no va usted a coger el regalo de mi señora? ¡Estaría bueno!

—Digo que se lo lleve usted y nada más ¡Pero que ahora mismo!

—Que no señor ¡Que yo se lo dejo ahí!

—¿Cómo que lo deja? ¡Tome y lléveselo por las buenas o por las malas!

Y uniendo la acción a la palabra, don Inicial arrojó fuera de su piso a la criada contumaz y al desarrollado gallo y cerró violentamente la puerta. Entró en su habitación y se limpió el sudor que el mal rato pasado había hecho surgir en su frente. Había pasado una desagradable situación. Se encontraba agitado y convulso. Tomó un vaso lleno de gua. Fumó un pitillo con nerviosismo. Se tendió en la mecedora y se balanceó para calmarse. De pronto, oyó, insistente, agudo,



impertérrito, el repiqueteo del timbre que tenía instalado ante la puerta de su piso.

Salió para abrirla y allí estaba la oronda viuda del coronel, doña Gertrudis Fonseca, alta, gorda y mofletuda, con el dichoso gallo, en la mano izquieda, la cual, de momento, no le soltó más que esto:

—A la criada, sí será usted capaz de rechazarle mi regalo, pero, a mí, no se atreverá usted... ¿verdad que no?.

Y le dirigió una mirada centelleante y furibunda, cual si de sus ojos brotasen todos los fuegos bélicos de la última guerra mundial. Y sin darle tiempo a replicar, continuó, a grito pelado:

—A mí no ha nacido un señor, que pueda tenerse por señor, que se atreva a despreciarme un regalo ¡Además le voy a decir una cosa y es que tantas veces como devuelva un regalo, me tiene usted otra vez aquí con él!

Por si fuera poco, doña Gertrudis, puntualizó:

—Y, ahora, me siento en el zaguán y de ahí no me muevo hasta que se convenza usted de que, a mí, no hay quien me haga una cosa así.

A pesar de todo don Inicial no se dio por vencido y recurrió a unos argumentos llenos de lógica, que eran su fuerte profesional y asignatura que había aprobado en duras oposiciones:

—Mire usted, buena señora, yo se lo agradezco muchísimo, pero es que soy soltero, no como nunca en casa, no tengo quien me arregle este magnífico gallo, tampoco vive aquí nadie de mi familia y, por lo tanto, comprenderá que no puedo hacerme cargo de su obsequio.

—Pues lo regala usted si quiere, pero a mí no me hace un feo de esta naturaleza— fue la contestación seca que le dio doña Gertrudis, la cual, sin esperar respuesta, se dio media vuelta y corrió escaleras abajo, a toda velocidad, sin volver atrás su cabeza.

Cuando don Inicial se vio solo y con el pollo entre las manos, la piel se le escalofrió, el corazón le dio un vuelco y los pelos se le pusieron de punta. Hasta el animalito debió de darse cuenta de sus apuros, porque le miró con unos ojos tristes y compasivos.

A eso de las siete de la mañana siguiente y tras una noche toledana en la cual el quiquiriquí del gallo no le había dejado dormir, por una concatenación de ideas, llegó a la conclusión de que para arrojar del lado de uno a algo que no se quiere tener cerca, lo mejor, científicamente pensando, es arrojarlo.

Don Inicial se levantó de la cama, se vistió con prisas, atrapó al gallo, abrió el balcón y, sin más complicaciones, lo tiró a la calle con violencia.

Tres minutos más tarde, llamaron a la puerta del piso y el muy honradote del guardia municipal apareció ante él con el gallo entre

sus brazos, la sonrisa de satisfacción por el deber cumplido, derramándosele por las guías del bigote y unas palabras en sus labios, tan llenas de realidad, como de sentido común:

—Mire usted es que he visto que bajaba de su balcón y vengo a traérselo.

Don Inicial no le dio ni las gracias, tomó al bicho y lo arrojó al fondo del pasillo.

Cuando llegó la hora del desayuno, como no se le ocurriese ninguna idea liberadora, dejó al animalito, salió de su casa y se fue al bar donde tomaba todas las mañanas un café con leche y un suizo. El desayuno parece que le reanimó algo y le sugirió algunas ideas aprovechables.

—Está claro— dijo, dándose una palmada en la frente, ya está, ofrezco el gallo al primer pobre que vea y todo solucionado, de una manera sencilla y rápida.

Con este fin se dirigió hacia la parte más mísera de la ciudad. Pasaban mujeres con la cesta de la compra bien repleta, horteras con carretillos chirriantes y hombres en animada conversación, camino del tajo. Pensó que aquellas personas no eran las más indicadas para lograr su objetivo.

Siguió andando con el gallo entre los brazos. Al trasponer una cuestecita vio venir hacia él a un hombrecillo con aspecto de pordiosero. Don Inicial se acercó a él y, muy misteriosamente, le susurró al oído:

—¿Quiere usted este pollo?

El vagabundo le miró y remiró, muy escamado y le contestó muy seriamente:

—A mí no me meta usted en más líos, que ya tengo yo bastantes...

Y sin esperar, a nuevas razones, se alejó a muy buen paso.

Don Inicial comprendió que había errado el tiro, que tenía que cambiar de lugar de acción. Se fue hacia el centro de la población, se metió en un café donde tenía mucha confianza con los parroquianos y, de buenas a primeras, preguntó a un amigo:

—¿Quieres que te regale este gallo?

—Vamos, hombre, que todavía no es el día de los Inocentes...

—Que te lo digo de verdad...

—Menos mal que vas cambiando de carácter y te gusta ya hasta dar bromitas...

El amigo dio una palmadita en las espaldas de don Inicial Alamillos y abandonó el local.

El señor Alamillos tuvo una idea salvadora. No le cabía duda que los padres del alumno Federico Montero le estaban muy agradecidos, por



haber aprobado a su hijo, sin estar en condiciones para ello y que no le rechazarían nada jamás. Se dirigió a la Plaza Mayor en donde tenían su establecimiento de ultramarinos, aquéllos buenos amigos y con la sonrisa en los labios y el pollo en la mano izquierda, se acercó al mostrador donde siempre estaban en la brecha don Elías Montero, el cual se apresuró a tenderle la mano, muy efusivo, como de costumbre. La señora, que estaba atendiendo a un cliente, también se acercó pronto para saludarle. Don Elías le interrogó, suave y cortés:

—¿A qué debemos el honor de su grata visita?

—Pues que vengo a regalarle este gallito...

El matrimonio se dirigió una mirada de inteligencia y, al alimón, fueron diciendo:

—Ya, ya se lo enviaremos nosotros a usted, que somos los verdaderamente obligados... Ya habíamos pensado en ello... Ha sido por falta material de tiempo. Son unos días muy ajetrechos éstos, en los que no hay lugar para nada... pero mañana mismo se lo madaremos a usted a su casa y con muchísimo gusto... No faltaría más...

A don Inicial se le puso la cara de todos los colores, balbuceó unas frases incoherentes y escapó de la tienda avergonzado, maldiciendo del dichoso regalito y decidido a resolver el asunto de una vez.

Se juró a sí mismo no pasar una noche más con la compañía del gallo.

Sacando fuerzas de flaqueza se aventuró por una callejuela estrecha y tortuosa de malísima fama. Vio a una mujer guapota, muy pintarrajeada, junto a la puerta de una casa y se acercó a ella, susurrándole al oído:

—¿Quiéreme usted un gallo?

—No señor, yo lo compré ayer tarde y bien barato por cierto. ¿A qué precio lo vende usted?

—No, yo no lo vendo.

—Entonces, ¿para qué lo ofrece?

—Para regalárselo.

La mujer aquella se sublevó y le soltó la rociada:

—Oiga, que se ha confundido usted de calle y de número... Siga para adelante, si no quiere que llame ahora mismo a mi marido.

Ante lo grave que se iba poniendo la situación, don Inicial puso pies en polvorosa y se alejó del lugar en autos.

Llegó jadeante y desesperado a su casa y dispuesto a tomar una decisión heroica. Cogió la lista telefónica, buscó el nombre de una acreditada agencia de transportes y marcó un número.

—¿Qué desea?— le preguntaron desde el otro lado de la línea.

—Quiero enviar un gallo a Madrid, a un hermano mío, que vive allí, pero tiene que ser hoy mismo, ahora mismo.

—¿Ha dicho usted un gallo?

—Sí señor, un gallo. ¿Hay algo malo en eso?

—No señor, no, ni mucho menos, pero es que ya hemos enviado hace un par de horas el cuyo completo de mercancías para Madrid y no vamos a enviar un camión para un solo gallo. Eso le va a salir por un ojo de la cara..

—Que me salga, pero este gallo tiene que salir ahora mismo de mi casa.

—¿Tiene alguna enfermedad?

—No, no, enfermedad no. Es algo peor, muy largo de contar, pero haga el favor de enviar a por él lo antes posible.

—Le repito a usted que un camión de aquí a Madrid es muy caro. Puestas así ya las cosas, en vista de que está usted tan decidido a hacerlo, le digo que mucho más barato le saldría un taxi.

—Bien, bien, ¿a mí qué más me da?. Lo importante es que el gallo salga de mi casa ahora mismo.

Don Inicial se quedó un momento reflexionado, porque en su mente había surgido la luz de una esplendorosa idea, que expuso al encargado de la agencia.

—Y diga usted, ¿me cobrarían ustedes igual yendo yo también en el taxi en que va a ir el gallo?

—Completamente igual.

—Muy bien, ¿a qué hora van a venir a buscarnos? Porque he decidido aprovechar el taxi para ir también yo a Madrid.

—Pues dentro de media hora, ¿Le parece bien?

—Perfectamente. Estaré esperando con el gallo, en la puerta de mi casa, calle de los Almendros, número 8.

—Muy bien.

Y gracias al gallo, pudo, don Inicial, pasar felizmente las fiestas navideñas en la capital de España, con su querida familia, cosa que hacía muchos años venía deseando, y no realizaba por estimar que costaba mucho el viaje.